

Antología de intimidades

Por Claudio SOLAR

6-X-63

PARA Antonio de Undurraga la Literatura Chilena no existe, a juzgar por el juicio que le merecen los autores incluidos en su obra "28 Cuentistas del Siglo XX" (Ed. Zig Zag, 1963, 276 págs.) Considera que se escriben cuentos por la incapacidad para escribir novelas, ya que "para el latinoamericano la novela es una empresa faraónica, única" (pág. 233). Constantemente alude a las tendencias políticas de los autores, a hechos personalísimos; sus referencias bibliográficas son de una pobreza abrumadora, su evaluación estética está ausente en sus presentaciones y parece que pretende juzgar a los escritores antologados por las anécdotas que incluye, en la que los cuentistas siempre salen mal parados. Es una Antología con criterio de chismografía. Todo visto a la luz de la personal egolatría del Sr. Undurraga, porque siempre él aspira a tener participación en algún aspecto de la vida del escritor: él lo ayudó en cierta oportunidad, le tramitó cierto premio, le consiguió un puesto o ha sido incapaz de leer la novela de un autor y, por esto, opina que es mala. La egolatría que respira el antologador es tan aplastante —para muestra, no uno, sino dos botones— que él mismo se antologa y, mientras los demás cuentistas (con excepción de Gonzalo Drago) figuran con un cuento, el señor Antonio Undurraga, aparece con dos...

Figuran en esta Antología escritores que no se dedicaron al cuento y que, en cambio, se ha distinguido en la poesía o en la novela. Undurraga los incluye. Rubén Darío, poeta, aparece con una prosa poética modernista de "Azul" ("Eu Rubi") Daniel de la Vega, poeta, que es más bien autor de viñetas periodísticas de nostálgico humor; Vicente Huidobro, poeta, novelista; Antonio de Undurraga, a quien sólo conocíamos como poeta y autor de unos estudios sobre la poesía de Carlos Pezoa Véliz. Estas inclusiones nos causan sorpresa ya que, en cambio, se excluyen auténticos cuentistas como Carlos León (a quien Alone le ha dedicado dos páginas en su Historia Personal y muchos autores de la Generación del 50 (Lafourcade, Muller, Giacóni, etc.)

Se me dirá que la inclusión o la exclusión es lo menos discutible en una Antología, ya que éstas siempre —en nuestro país, por lo menos— han sido "antologías personales", de grupos, con un criterio de selección personalísimo.

Creo que Undurraga logra algunos aciertos cuando trabaja con la poesía en Antología o ensayos de poesía; pero en lo del cuento, no ha tenido un solo acierto en su evaluación crítica. Para empezar, es tan poco serio que ni siquiera incluye las referencias mínimas de los antologados; fechas de nacimiento, nómina de obras publica-

das por cada autor, fechas de su publicación. Esto es elemental.

Para que el lector juzgue, por él mismo, el criterio con que ha sido presentada esta Antología, sin mayores comentarios, voy a citar algunos de los párrafos con que Undurraga juzga a sus antologados: "El chileno ha sido carcomido por el complejo de pobreza" (pág. 11). Todo el juicio que le merece Darío es que "aunque venía del Trópico fastuoso, tenía una voz triste y profunda". Nada nos dice en cabio de la "manera modernista" y en qué consistió su impacto en la literatura nacional. Baldomero Lillo: "Augusto D'Halmar nos ha contado que en una reunión literaria, sin venir al caso, lo increpó de improviso, después que había escrito "La Lámpara en el Molino", por una rivalidad absurda, inconcebible para el joven D'Halmar (mimado entonces por sus monólogos y su oratoria incomparable" (pág. 19). A renglón seguido nos dice que la obra de Lillo ha sido juzgada sin imparcialidad "debido a que ha sido utilizada como bandera política por todos los insurgentes". "Pobre de estilo y de imaginación escasa, no estaba dotado para llegar muy lejos. Todo aconseja que a Baldomero Lillo se le coloque en su verdadero y discreto lugar"... Ignora Undurraga que Baldomero Lillo es un autor que se lee 50 años después de publicada su primera obra; nadie ha podido superarlo en la pintura candente de las minas y sus relatos han alcanzado universalidad. Se nos ocurre que Undurraga, así como confiesa que no leyó "Gran Señor y Rajadiablos", de Barrios, "porque tuve la impresión de que no estaba frente a una obra de arte" (es difícil que se diera cuenta sin leerla...) tampoco debe conocer a Lillo. Tal vez por eso incluye uno de los menos representativos ("Cañuela y Petaca") que Lillo escribió como "divertimento". En lugar de hacer un análisis de Federico Gana, pone en ridículo la Torre de los Diez que elevara Prado "para ver mejor el mundo, pero los futuristas y los nuevos hombres del siglo XX ya lo estaban mirando desde los aviones, verdaderas torres voladoras, y luego lo verían desde las fortalezas volantes... Sólo los marxistas seguirían apegados al siglo XIX y sus filosofías... (pág. 29). ¿A qué viene esta reflexión? ¿Es de Antología? Más bellezas: de Juanuario Espinoza dice: "conté con el halago de su amistad generosa; me dedicó el vaticinio de un zodiaco literario de excepción" (pág. 35). Luego agrega que tuvo que hablar en sus funerales... De Augusto D'Halmar se expresa en estos términos: "Debido a que en 1940 su situación económica ya era insostenible, hice gestiones (en mi calidad de dirigente del gremio de escritores) con Eduardo Barrios para ver mo-

do de que se le otorgara un cargo público..." (pág. 50). Luego hace un chiste malo; "D'Halmar fundó el Museo de Artes Plásticas de Valparaíso —nos dice— y era "una pinacoteca en una caja de fósforos. El edificio no era incombustible y estaba ubicado en un barrio peligroso por las posibilidades de incendio." Respecto a Eduardo Barrios, destaca que fue favorecido por los dos gobiernos del "general Ibáñez"; "en 1927, lo nombró Director General de Bibliotecas y, en 1952, volvió a este cargo pese a sus labores de agricultor en su finca", (pág. 59).

Existe una frase popular: "No me defienda compadre". Se emplea para señalar a aquel que cada vez que presenta a un amigo, en lugar de recomendarlo, lo denigra. Habría que decirle así a Undurraga. Léase este otro botón a propósito de Mariano Latorre: "Una vez (por los cristales de las puertas del Salón de Honor de la Universidad de Chile, pues no entramos) le vimos dar una conferencia ante ocho personas. Interrogado por nosotros sobre tal descaballo, nos dijo que no tenía ninguna importancia, pues la disertación estaba "pagada" (pág. 71). Esto pretende mostrar (?) el humor de Mariano Latorre; pero, en cambio, lo hace aparecer como un escritor sólo preocupado del dinero. Olvida decir Undurraga que un conferenciante no tiene la culpa de su público. Hemos visto a doctores de filosofía con seis alumnos y profesores que han dictado un curso a dos: eso se llama selección espiritual. Finalmente, agrega que la literatura de Mariano Latorre, sus obras, "no tienen calidad".

A propósito de Daniel de la Vega dice algo de ninguna importancia: "Ha publicado numerosos volúmenes de verso y prosa. Como en el caso de otros escritores chilenos por su madre doña Agustina Uribe es de origen vascongado (¿?)

Luego una afirmación peregrina sobre el criterio de los lectores latinoamericanos y su mentalidad: "Yo no conocí personalmente a Huidobro. Su obra sigue siendo incomprendida; se le reputa "demasiado elevada" para la mentalidad latinoamericana e hispánica, que todavía gira en lo agrícola pastoril, y que es la propia de los países "subdesarrollados". El subdesarrollo tiene que ser consecuencia de un subdesarrollo mental..."

Se diría que el criterio de la Antología es el "subdesarrollado". Aparte de ese "yogolatra cuando se duele de no haber conocido a Huidobro, más adelante aprovecha de decirnos a propósito de Luis Durand que debido a su labor mutua con el cuentista nació (a su muerte) "nuestro poema Carta infinita a Luis Durand", publicada en Bogotá. De Marta Brunet dice que en Brasil, la escritora se caracterizaba por las buenas comidas que servía y que se aliñaban las reuniones con el "pelambre" (en forma muy eufemística expresa Undurraga: "presidía sus reuniones un ángel, muy chileno, por cierto, algo oriental, y que a veces colocaba sus alas en sus labios; ese que ensayó tantas veces la posibilidad de que las casas no tuviesen puertas..." (pág. 121). Resentido con Hernán del Solar no deja de decirse lo en su presentación: "Finalmente mis viajes, la puerta siempre cerrada para los poetas en su Editorial (porque el público ya no compraba libros de poemas) y las inexactitudes críticas del "Índice" ya citado me hicieron cada día más distante su efigie" (pág. 140). Después de advertirnos que Mario Espinoza es periodista, que ha hecho estudios de Derecho, afirma: "Un periodista o un redactor de leyes y decretos no puede ser cuentista, ni novelista..." (pág. 245). ¿Para qué lo incluye, entonces? En fin, mucho y muy poco hay en esta No-Antología.

